

Agustín Orero Buendía

EN LOS LÍMITES
DEL DEBER

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición:

Diseño de portada: Doce Calles

© de los textos: Agustín Orero Buendía

© de la presente edición:

Ediciones Doce Calles S.L.

Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)

Tél.: (+34) 91 892 22 34

docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-476-7

Depósito legal: M-12076-2024

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I. Un riesgo elegido	11
II. Un destino incierto	17
III. Torremolinos	47
IV. El paso a la acción	63
V. El gordo	75
VI. El holandés	91
VII. Nueva información, nuevos planteamientos	117
VIII. Un oasis en el camino	127
IX. La operación más preocupante	139
X. Enfrentamiento no deseado	157
XI. Nuevas investigaciones	181
XII. Cambio de estrategia	195
XIII. Operación algeciras	203
XIV. En la boca del lobo	241
XV. Sorpresas que da la vida	249
XVI. Momentos difíciles de olvidar	263
XVII. Los encuentros buscados	275
XVIII. A la cabeza del problema	291
XIX. Un descanso conveniente	313
XX. Preparación del plan final	321
XXI. El desengaño	341
XXII. Las consecuencias	353
XXIII. La preparación final	363
XXIV. El día D	377
XXV. La fase final	405
XXV. La despedida	417
XXVI. La última sorpresa	427

I

UN RIESGO ELEGIDO

Corría el mes de enero de 1973 en el País Vasco, más concretamente en San Sebastián. Las unidades de la Guardia Civil allí destinadas se encontraban en situación de grave riesgo. Los atentados de ETA habían dejado ya muchas víctimas, algunas correspondientes al Cuerpo. La repudia pública de parte de la ciudadanía hacia esos guardias civiles que cubrían su misión en pueblos y ciudades de aquella región era manifiesta, lo que les obligaba al aislamiento, a hacer poca vida social. Debían mantenerse encerrados en sus domicilios cuartelarios, salvo algunas salidas obligadas de vigilancia o aviso expreso. Estaban muy preocupados por su seguridad, al no disponer de edificaciones con las garantías adecuadas para impedir los ataques que los etarras pudieran perpetrar. Esto era una preocupación especial de las autoridades de este Cuerpo y ya se estaba estudiando la posibilidad de centrar ese acuartelamiento de guardias en una edificación única, que contara con las medidas de seguridad adecuadas y los servicios propios para el mantenimiento del personal aislado del resto de la población vasca.

Hasta que esa posibilidad pudiera hacerse realidad, los miembros destinados en los distintos cuarteles tenían que vivir con la inseguridad y la desconfianza que producía desarrollar su actividad en una situación hostil y peligrosa. Por ello, estos miembros recibían una cantidad adicional económica a su sueldo, pero que no compensaba el desgaste humano que representaba vivir bajo esa repudia e inseguridad, aunque al menos suponía un importante estímulo económico, que venía muy bien a algunos —por ello se ofrecían voluntarios—. Ese temor y riesgo continuo hizo que la mayor parte de los destinados allí fueran jóvenes y solteros. Difícilmente una familia podía soportar aquella vida, especialmente si se disponía

de hijos, pues habría que obligarlos a aislarse, algo muy duro y difícil de llevar en la normal convivencia que debe exigirse para todo ámbito familiar.

Así las cosas, las salidas a los servicios obligados que tenían que realizar se procuraban hacer con ciertas medidas de seguridad y en grupos, lo que permitiera una defensa más acorde con la situación. Aun así, el riesgo que se corría era alto.

San Sebastián, un día de finales de enero de ese año de 1973. Un Land Rover de la Guardia Civil regresaba a la Comandancia de esa ciudad sobre las dos de la tarde, tras haber cubierto sus miembros una misión de inspección en distintos lugares de esa provincia. Ese grupo lo componían tres guardias civiles, comandados por el joven teniente Gonzalo Mariscal Orduña, quien llevaba ya más de dos años de servicio en esta comandancia, tiempo en el que se había visto obligado a intervenir en varias operaciones armadas, afortunadamente si salir herido en ninguna; en cambio sí habían resultado varios heridos y detenidos de la banda terrorista.

El Land Rover estaba circulando por las afueras de la ciudad, en una calle sin acera no muy poblada, de casas matas a uno y otro lado. Conducía uno de los guardias. En el asiento delantero, junto al conductor, iba el teniente; atrás, otros dos guardias, con subfusiles encima de sus piernas. El conductor y el teniente solo disponían de pistola. Este último, como medida de precaución, cuando se encontraba de servicio le gustaba llevarla empuñada, situada sobre su pierna derecha, por la necesidad de actuar rápido en caso de recibir alguna agresión.

Avanzaban por esa calle, en la que estaban aparcados muy pocos coches. Esto les permitió ver el Renault 10 parado en el lado contrario, en dirección contraria al de su marcha. Dos jóvenes charlaban, uno de ellos recostado sobre el vehículo; el otro, de pie, miraba en la dirección en que llegaba el de la Guardia Civil. Al estar cerca, el teniente observó que había un tercer joven al volante y, al mismo tiempo, comprobó un movimiento extraño del que estaba de pie mirando hacia ellos y de su compañero, quien en ese momento se dio la vuelta. Ambos alzaron al aire el arma que tenían escondida,

que parecía un subfusil ametrallador. Los hechos se produjeron con tanta rapidez que no les dio tiempo a reaccionar, solo se oyó el grito del teniente:

—¡Acelera! ¡Es un atentado!

Sobre esas palabras, pronunciadas con la excitación e impotencia que produce un peligro inminente, sin capacidad para reaccionar, se oyó el fuerte retumbar de unos disparos. No dio tiempo a nada. El coche hizo varios zigzags, consecuencia de los volantazos que daba el conductor. Siguió así durante bastantes metros, hasta estrellarse contra la pequeña valla de piedra de una de las casas de esa calle. El *jeep* quedó cruzado en la calzada. Del capó salía bastante humo, señal de que algo en el motor estaba en combustión. Antes del choque, el teniente puso su brazo izquierdo delante de su cara al darse cuenta de que les tiroteaban. Sintió un fuerte golpe en la parte izquierda superior de su pecho y en ese momento de excitación no podía determinar a qué se debía, con sus sentidos puestos en los bruscos movimientos del vehículo, que podía hacerle volcar o estrellarse contra alguno de los pequeños muros que separaban las casas de la calle, como así ocurrió. Afortunadamente, el haber puesto su brazo izquierdo resguardando su cabeza permitió que el golpe, al salir despedido contra el cristal de coche y no llevar cinturón de seguridad, le impidiera que su cabeza chocara directamente contra el parabrisas. Sintió un fuerte dolor en el codo del brazo izquierdo, que llevaba elevado, y quedó algo conmocionado en su asiento. Miró a su alrededor y vio al conductor encima del volante, sin moverse. Los guardias del asiento de atrás se encontraban reclinados en el asiento con gemidos de dolor.

En esa situación tan dramática, casi noqueado por el golpe, observaba cómo salía sangre de su codo izquierdo y la sensación de calor en sus piernas al recibir ese líquido viscoso. Notaba una humedad cálida en el pecho y el estómago. Dirigió le mano con la que tenía cogida la pistola hacia esa zona y observó desconcertado cómo los dedos se le empapaban de sangre. Comprendió entonces que estaba herido de gravedad. No se detuvo más tiempo en pensar sobre su situación y con los arrestos propios de quien está

preparado para reaccionar ante una grave amenaza, como ya había tenido la oportunidad de pasar por acciones de enfrentamientos con miembros de ETA, abrió la puerta y se dejó caer al suelo, donde quedó tumbado. Sacó fuerzas de las que apenas le quedaban para dar dos vueltas completas a su cuerpo, con el fin de tener mayor ángulo de visión, al impedirse la posición del vehículo atravesado en la vía. Esto le permitió ver, ya muy cerca, a los dos jóvenes que se habían acercado al coche, con el fin de rematar a los del interior. El movimiento rápido del teniente sorprendió a los dos atacantes, quienes se encontraban ya apuntando con sus armas a los ocupantes. Intentaron desviar sus fusiles ametralladores hacia el teniente al observar la maniobra que este había hecho en el suelo, pero, afortunadamente, su reacción no fue tan rápida como ellos pretendían. El teniente había dirigido ya su pistola buscando sus cuerpos e inmediatamente sonaron dos disparos, muy seguidos el uno del otro. Los dos jóvenes terroristas soltaron sus fusiles, dirigieron sus manos hacia su abdomen y cayeron hacia adelante, como dos fardos pesados. Quedaron en el suelo, retorciéndose por el dolor ardiente que les producían las balas en el interior de sus cuerpos.

El teniente mantuvo durante unos segundos esa posición, apuntando con su pistola a los dos caídos, mientras observaba a lo lejos el coche de los individuos, que emprendía una veloz huida en dirección contraria. Le dio tiempo a apuntar, pero comprendió que a esa distancia y a esa velocidad era imposible acertar, lo que impidió que disparase. Se levantó con gran esfuerzo, doblado y con su brazo izquierdo caído, sin poder utilizarlo, y se acercó a los jóvenes que gemían retorcidos en el suelo, lo que le permitió comprobar que no estaban muertos. Continuaba apuntándoles con su pistola y, renqueante, pudo alejar con el pie los dos subfusiles. Confundido, casi mareado, muy preocupado por la gran pérdida de sangre que sufría le hiciera perder el conocimiento —ya notaba que le recorría su pierna—, volvió renqueante hacia el Land Rover, tomó el auricular de la emisora y pidió refuerzos urgentes y unas ambulancias.

Tras comunicarse con su comandancia, tiró el micrófono que había cogido con la misma mano donde tenía la pistola y se apoyó sobre un lateral del vehículo para seguir vigilando a los tumbados en el suelo. Los ojos se le cerraban, veía con dificultad. Comprobó que algunas personas salían de sus casas, sin atreverse a avanzar hacia ellos. Luchaba por no perder la conciencia y por mantener los ojos entornados sin que se le cerraran, con la pistola en su mano, amartillada con escasa fuerza, muy preocupado porque se le cayera. Sujetado a la carrocería del coche intentaba no caerse, pero sus piernas apenas le respondían. Sangraba abundantemente a través de su mano izquierda y en todo ese lado de su pecho donde había recibido el disparo, sin poder hacer nada, lo que hacía que se sintiera más mareado a medida que pasaba el tiempo y la pérdida de sangre era mayor. La vista se le nublaba, sentía un mareo incontrolado y sus piernas no podían aguantar ya su peso. Se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo, con sus extremidades inferiores encogidas y la cabeza sobre ellas, en una situación de nebulosa que hizo que se fuera lentamente, sin conciencia de lo que pasaba ni control de su cuerpo. Eso sí, estaba agarrado a su pistola, por si fuera necesario recurrir de nuevo a ella, aunque consciente de que ni siquiera podía levantarla.

En ese estado no pudo percibir el fuerte frenazo de los dos coches que llegaron a gran velocidad, de los que descendieron unos guardias armados. Casi al mismo tiempo, pudo oírse el fuerte ruido de las sirenas de varias ambulancias que se acercaban.

En ese momento, el teniente había perdido por completo el conocimiento. Su cabeza caía desvanecida entre sus piernas, sus brazos reposaban sobre el suelo, con la pistola todavía asida por los dedos de su mano derecha. Los guardias que llegaron, mandados por un capitán, observaban desconcertados y afligidos la escena: el teniente completamente ensangrentado, sin saber si había fallecido; dos jóvenes, situados muy cerca de él, posiblemente de ETA, en el suelo, sin moverse; el chófer inmóvil encima del volante, y los dos guardias que ocupaban el asiento trasero también con los pechos